

inundan al país y al continente. Es como una segunda capital, en donde al lado de chimeneas y de los muelles en donde descargan barcos de medio mundo, pululan los cafés y los teatros, hervideros de cultura; los mentideros y cenáculos, con sus estrategias militares y conspiradores de postín. Pronto, el país tiene dos capitales, dos corazones por donde debe obligatoriamente circular su caudal de vida. Pero también son dos centralismos, el uno no menos despótico que el otro.

Los linajes de la novela de Vera se dirigen hacia Solana y Verdemil, tan pronto las nuevas generaciones abandonan el predio provinciano que dio origen a su alcurnia. Compiten entre ellos y no sólo por las banderías que caracterizan a las dos villas, sino por ver quién de ellos es más español, menos «cholo». Cholo, vocablo que identifica al indígena o mestizo, es consideración que descalifica de hecho a la familia de semejante procedencia. Las familias que no tengan mezcla de sangre aborigen conforman clanes que se defienden y reproducen entre sí. El caso de los Banchón introduce un elemento configurador definitivo en la novela.

Banchón es un apellido a todas luces indio. Poca o ninguna sangre española puede correr por las venas de los así llamados, pero sin saberse cómo y desde tiempos ignotos, los Banchón son un poderoso clan, señores de horca y cuchillo, dominadores absolutos de sus extensísimos predios. Se desconoce el modo de funcionamiento de la sociedad precolombina en cuanto a clases, pero, a juzgar por el modo como los Banchón ejercen su potestad, se podría decir que no difiere en mucho del sistema aristocrático europeo. El Abuelo (con mayúsculas, tanto en la novela como en la realidad) es un monarca absoluto que decide a golpe de cetro el cultivo de la tierra, la cría de niños y animales, el comercio y la industria de sus productos, el apareamiento de personas y bestias, la guerra y la paz. El Estado es para el Abuelo reinante un ente remoto y con el cual tiene unas relaciones de buen o mal entendimiento, según las circunstancias. Alcaldes, jueces, policías, militares y hasta la todo-poderosa Iglesia saben que el estatuto banchoniano tiene una jurisdicción precisa de aplicación. Ramas de los Banchón saldrán del primitivo feudo interiorano a asentarse en los dos núcleos decisivos nacionales.

Tuvo que pasar mucho tiempo para que los cholos Banchón fuesen admitidos y dignificados por el resto de las familias dominantes. Pero ellos, sabedores de su origen y de la necesidad de imponerse a los demás que proclamaban una superioridad por la ascendencia española a la que daban una connotación divina, no se impacientan, pues saben que su momento llegará. Los Montenegro, los Jaime, los de Muñoz y los Jiménez, completan el cuadro de familias linajudas que detentan todo el poder del país. En el momento en que los tiempos ya no están para esas cosas, dejan de hacerse la guerra entre ellos, para formar un frente amplio que hasta el momento no había avizorado el verdadero peligro que se cernía sobre todos ellos. Con el nacimiento de la sociedad industrial, emerge el proletariado como clase. Es amplio en número de seres y fuerte en las conquistas que día a día va logrando. Porque en medio de todo el país se moderniza, se actualiza al mundo que le llega desde fuera y pronto las familias se encuentran con la existencia de un Estado, réplica de esos entes político-sociales que agrupan a los pueblos cultos. Este Estado, por muy centralizado y amordazado que esté, no ha podido escapar a la realización de formas de cultura y

vida que permiten a la masa mestiza tomar posiciones que antes eran sólo privilegio de los apergaminados clanes. El estallido de la primera guerra mundial saca a las familias de su letargo de casi un siglo, pues se teme una intervención a gran escala de todo el continente americano en la contienda. Pero no. Es sólo Estados Unidos quien juega la baza del Nuevo Mundo en la disputa de las potencias europeas. La definitiva entrada de la Unión del Norte americano en el escenario mundial, acaba de producirse. Las románticas repúblicas del Sur no tendrán tiempo para reaccionar; los gerifaltes que las gobiernan siguen en domésticas y prehistóricas luchas interiores.

La democracia se pone de moda. La imponen los norteamericanos, pues es sutil instrumento que permite la penetración y un colonialismo de guante blanco, ajeno a invasiones y desembarcos, a los que no obstante recurrirán cada vez que la situación así lo aconseje. Las familias se dividen en partidos, diferenciados con colores propios, proclamas a los que sustentan verdaderos ejércitos de macheteros, acaso reminiscencias de las levas medievales y coloniales. La consolidación de la Revolución Rusa riega por todo el universo las semillas del socialismo, llegando a América un grano de no tanta calidad, que, sin embargo, fertiliza en la excelente tierra que le da abrigo.

El período de entreguerras termina por establecer a las familias en el ámbito urbano. Las antiguas diferencias que tanto les enfrentaron en el pasado están ya casi en el olvido y hasta el oscuro linaje de los Banchón goza ya del apelativo de «gente bien» y hasta ha mezclado ya su sangre con las ilustres y aristocráticas. Ahora, todos juntos, Banchones, Montenegros, Jaimes, Muñozes y Jiménez, forman un solo núcleo, esencia misma de la patria. La patria son ellos, de su sangre salió quienes separaron la sumisa colonia de la metrópoli orgullosa, quienes dieron límites geográficos al territorio nacional, conformaron los primeros congresos, diseñaron las constituciones, los estamentos del Estado, los partidos, el ejército, la economía, etc., y con ellos, lógicamente, se entiende el nuevo amo de los destinos continentales.

Después de la segunda guerra mundial, la unión tiene que ser mucho más monolítica que antes, pues el peligro rojo, el verdadero peligro, llama a las puertas de la patria. Y helo aquí, precisamente por culpa del invento de los liberales, la tal democracia que permitió que la plebe tuviera acceso a los órganos de poder. Helos aquí con sus partidos, periódicos, sindicatos y demás organizaciones. Y aquí está su presidente, el doctor Alvarado, ciñendo la banda de primer mandatario que era patrimonio absoluto de los Montenegro y de otras familias de ilustres apellidos.

Con la misma simplicidad que reemplaza los nombres de Quito y Guayaquil, Pedro Jorge Vera acude al efímero período de gobierno de Salvador Allende en Chile y a su posterior derrocamiento para darle fin a su relato. Y es cuando la narración adquiere una estructura formal de novela, pues en su mayor parte no es más que una exposición desapasionada y amena de la historia de América Latina. Tal vez sea por eso que prefiere no hablar con nombres directos y prescindir de escenarios concretos, dado que cualquier episodio en el país que sea ilustra sobre la situación del continente en general. A Allende lo llama Alvarado, a la Unidad Popular que le situó en el poder Alianza Popular; los acontecimientos ocurridos en Chile en 1973 están novelados con idéntica fidelidad.

De fácil comprensión para el lector medianamente informado e interesado en la

vida latinoamericana, es *Las familias y los años*. No es una denuncia, ese documento a veces rayano en el panfleto, lo que se propone Vera en sus más de 380 páginas de escrito. Es más bien un cuento historiado o la historia contada, de la América Latina posespañola, eternamente debatida entre dictadura y democracia.—MIGUEL MANRIQUE (*Palomares*, 7, 3.º LEGANES. Madrid).

Lorca, poeta clandestino

Ha llegado a esta redacción, de modo anónimo, un coqueto folleto, titulado *Sonetos del amor oscuro (1935-1936)*, que proclama su carácter no venal, el estar impreso en Granada en 1983, y el ser el número 175 de los 250 ejemplares que componen la edición.

El colofón reza que la misma «se publica para recordar la pasión de quien los escribió...», especulando con el doble sentido de la palabra *pasión*: sentimiento exaltado y también padecimiento que lleva al sacrificio.

Sabemos que Lorca dejó escritos unos sonetos con este nombre y dos de los aquí incluidos (son once en total) ya han sido publicados, lo que permite deducir fácilmente la autoría del conjunto. Pero el hecho de que el autor esté elidido y que la edición sea ajena al mercado otorga al folleto un aire de clandestinidad que no es su menor encanto.

¿Por qué lo del amor oscuro? Hay una lectura facilitona y tópica de estas palabras: se trata del amor homosexual, se da por supuesto el pretexto del texto. Sin embargo, en vano se buscará en estos sonetos la menor referencia a un acto sexual de esa especie ni, mucho menos, a sentimientos pretendidamente homosexuales, ya que éstos no existen. El amor prescinde de costumbres eróticas y la literatura amatoria, mucho más. ¿Acaso describe San Juan de la Cruz los orgasmos de la Amada junto al Amado cuando, según los alegoristas, otorga la femineidad al alma y la masculinidad a Dios?

Lo homosexual aparece escasamente en Lorca, salvo que se hiciera de su obra una lectura basada en cierto difuso folklore *gay* y en sus tics, llevados a rasgos de estilo. Más abunda, en cambio, la figura del travestido, sobre todo de la personalidad fálica que se disfraza de mujer, como Yerma o Bernarda Alba. Y el peso barroco y andaluz de su liturgia basada en el traje, la caracterización del santo por su ropaje. En cualquier caso, hay más ocultamiento que mostración.

Estos sonetos apelan a la oscuridad del amor como una nota de su duelo. Son poemas posteriores a la separación de los amantes, a la noche en que se pierden las formas individuales para dejar paso a la soledad y la nitidez del día. La separación de los amantes, como el destierro, son formas de duelo, o sea, episodios de la muerte. El amor oscuro lorquiano es el amor muerto.

Y es desde esta carencia desde donde se cantan los sonetos. La invocación del amado es un modo de volverlo presente, de habitarlo con palabras y hacer, viceversa, de la palabra la habitación del ausente. El amado está muerto, el amor lo ha

abandonado, dejándolo inmerso en la multitud indiferente de quienes no gozan el prestigio del amor, pero el verso puede recuperarlo, darle un cuerpo de palabra, fantasmal, pero capaz de tornarse voz, de ocupar la respiración de otro cuerpo.

Amor de mis entrañas, viva muerte.

Es la voz, en efecto, el único rastro de corporeidad que el poeta conserva del amado. Por eso le escribe un soneto a su voz oída por teléfono:

*Dulce y lejana voz por mí vertida,
dulce y lejana voz por mí gastada,
lejana y dulce voz amortecida.*

Lo demás es muerte y sueño, ausencia, pasividad, hueco.

*Tú nunca entenderás lo que te quiero
porque duermes en mí y estás dormido.*

Todo este vacío intenta ser colmado por la palabra y, a veces, por símbolos que refieren objetos, como en el *soneto gongorino* por medio del cual el poeta envía a su amor una paloma. Esta, *la ausencia de tu boca está marcando*.

Oscuridad que busca la luz, el amor que se lamenta por la escisión del amado es una alegoría de la carencia, que es la materia, paradójicamente vacua, de la poesía. Sólo se canta lo perdido, decía Antonio Machado, lo cual da al canto, siempre, algo de elegíaco. Lo que se tiene o se cree tenido, simplemente se tiene, se vive, se experimenta lleno de sí mismo. Allí no hay lugar para el canto. Este aparece cuando la ausencia, la separación, la muerte, le hacen un lugar.

Estos sonetos de Lorca confirman una larga tradición de la poesía amorosa, a saber: que se canta a un objeto imaginario que se imagina, a su vez, lejano e inalcanzable. Algo así como sagrado. No es difícil que, en casos de extrema afinación, el verso amoroso y la plegaria se confundan. En el caso, el dominio del poeta sobre la forma del soneto, su facundia de imágenes, el atrevimiento siempre renovado de su adjetivación, hacen el resto. Pero son virtudes ya muy reconocidas de la obra lorquiana.

Esta edición tiene un encanto accesorio, que no es, valga la repetición, ni el contexto homosexual de estos versos, ni su tardía exhumación, sino el hecho de que circulen de modo anónimo. Lorca fue un poeta de oído atento a la canción popular, al romance, a la estrófica del canto jondo. Tiene gracia y razón que el anonimato de la poesía colectiva tradicional, poesía de la lengua, lo recupere, la misma gracia que tendría un cartel de toros sin firma que resultara ser de Picasso, por ejemplo.

Luis Rosales recuerda que, cierta vez, en un lugar de juerga, una de las chicas del alterne se subió a una mesa, hizo unos pasos de baile y empezó a canturrear unos versos. El poeta, atento, los fue siguiendo hasta advertir que eran del *Romance de San Rafael*, de García Lorca. El pueblo había recuperado lo que del pueblo había salido, devuelto con los primores y astucias de un poeta profesional a la torrentera del canto sin nombre. Estos sonetos del oscuro amor salen a la luz por el mismo camino.

B. M.